



UNA TEOLOGÍA DEL CUERPO PARA EL SENTIDO DE LA VIDA

Del cuerpo como cárcel al cuerpo como casa

Sebastián Mesa Zora

ID 000396295

Trabajo de grado presentado para optar al título de Teólogo

Director Iván Darío Toro Jaramillo

Pbro. Doctor (PhD) en Teología y Filosofía

Universidad Pontificia Bolivariana

Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

Medellín, Antioquia, Colombia

Teología

2025

Resumen

Este trabajo sobre la teología del cuerpo se centra en ofrecer a los jóvenes una comprensión integral del sentido de la vida desde la fe cristiana. El problema de investigación parte de la desconexión actual entre la experiencia corporal y la dimensión espiritual, lo que genera vacíos existenciales en la juventud. Los objetivos principales son: mostrar la unidad entre cuerpo, alma y espíritu; iluminar el valor de la sexualidad y la afectividad; y ofrecer un horizonte de plenitud desde la esperanza cristiana. El alcance del estudio se orienta principalmente a jóvenes universitarios y de pastoral juvenil, con proyección educativa y formativa. El marco conceptual retoma las catequisis de san Juan Pablo II, aportes de la antropología teológica y bíblica, y elementos de la filosofía personalista, subrayando la dignidad de la persona y la vocación al amor. La metodología utilizada combina análisis documental, reflexión teológica y entrevistas exploratorias con jóvenes, buscando un diálogo entre fe y cultura contemporánea. Los resultados muestran que los jóvenes, cuando descubren el valor espiritual de su cuerpo, logran integrar mejor su afectividad, superar reduccionismos hedonistas y reconocer su vida como don. Las conclusiones señalan que la teología del cuerpo ofrece un camino de sentido, esperanza y compromiso ético, enraizado en la experiencia del amor de Dios. Las implicaciones del estudio invitan a renovar la catequisis juvenil, reforzar la educación afectiva y sexual en clave cristiana, y fomentar espacios de acompañamiento espiritual que ayuden a los jóvenes a descubrir su identidad y misión. Este trabajo, en definitiva, busca que la teología del cuerpo es revelada como un camino fecundo para articular la fe cristiana con los anhelos más profundos del corazón humano, ofreciendo una respuesta integral que ilumina el misterio de la vida.

Palabras clave: Teología del cuerpo; Sentido de la vida; Antropología teológica; Dignidad humana; Amor; Persona; Revelación; Fe; Existencia; Pastoral.

Abstract (English)

This work on the theology of the body focuses on offering young people a comprehensive understanding of the meaning of life from the Christian faith. The research problem starts from the current disconnection between the body experience and the spiritual dimension, which generates existential voids in youth. The main objectives are: to show the unity between body, soul and spirit; to illuminate the value of sexuality and affectivity; and to offer a horizon of fulfillment from Christian hope. The scope of the study is mainly oriented to

young university and youth ministry, with educational and training projection. The conceptual framework takes up the catechesis of St. John Paul II, contributions from theological and biblical anthropology, and elements of personalist philosophy, underlining the dignity of the person and the vocation to love. The methodology used combines documentary analysis, theological reflection and exploratory interviews with young people, seeking a dialogue between faith and contemporary culture. The results show that young people, when they discover the spiritual value of their body, manage to better integrate their affectivity, overcome hedonistic reductionism and recognize their life as a gift. The conclusions point out that the theology of the body offers a path of meaning, hope and ethical commitment, rooted in the experience of God's love. The implications of the study invite to renew youth catechesis, strengthen affective and sexual education in a Christian key, and promote spaces for spiritual accompaniment that help young people discover their identity and mission. This work, in short, seeks that the theology of the body is revealed as a fruitful path to articulate the Christian faith with the deepest desires of the human heart, offering a comprehensive response that illuminates the mystery of life.

Keywords: Theology of the body; Meaning of life; Theological anthropology; Human dignity; Love; Person; Revelation; Faith; Existence; Pastoral.

Introducción

El presente trabajo busca desarrollar una reflexión teológica sobre el cuerpo como clave para comprender el sentido de la vida humana. La teología del cuerpo, lejos de reducirse a una doctrina moral o a un tratado sobre la sexualidad, constituye una propuesta integral que une la revelación, la fe y la experiencia existencial de la persona. En ella, el cuerpo se entiende como signo de comunión y sacramento de la persona, que revela el misterio de Dios en la historia. La investigación se enmarca en la necesidad contemporánea de responder a las crisis de identidad y de sentido que afectan a la humanidad, mostrando que solo desde una antropología encarnada y abierta a la trascendencia es posible articular una vida plena y significativa. El hombre es cuerpo, carne, sangre, alma, espíritu, vida; porque el hombre en su totalidad fue soñado, creado, pensado y amado por Dios, el hombre es todo en cuanto a su visión integral como persona humana. Con esta investigación se quiere apreciar en la

dimensión del cuerpo del hombre, una realidad que está llena de sentido, la revelación que el hombre ha recibido de Dios es la luz para el camino, y que el sendero de la vida ilumina la experiencia humana por medio de la comprensión de la revelación. El cuerpo humano proporciona desde la teología una alternativa para descubrir el gran sentido de la existencia humana, que somos de Dios, fuimos creados por Él, y volveremos a Él. Esta serie de perspectivas y proyectos con sentido, apuntan a la esencialidad de las personas como seres corpóreos.

La teología del cuerpo se vuelve una casa incluyente, donde las personas descubren el gran valor de la vida humana y cómo está hecha para ser grandes cosas, la carne del hombre no es maldición, ni pecado, sino que el mismo Dios, que se hizo carne, cambia el concepto de la carne como signo de bendición y de gracia, y así este concepto donde se amplía y es más flexible en las comunidades católicas, para estimular aquellos carismas que el Espíritu ha sembrado en los creyentes.

La pregunta que acompaña esta investigación es: ¿Cómo el cuerpo, en su dimensión espiritual y existencial, aporta a la construcción del sentido de vida en la pastoral juvenil de Medellín? El propósito de esta investigación es identificar, a partir de la teología del cuerpo, un método pedagógico que integre enseñanzas prácticas de la vida cotidiana, con el fin de ofrecer a los jóvenes creyentes una experiencia significativa del cuerpo como imagen y semejanza de Dios, que les permita descubrir el sentido de la vida y acercarse al misterio que la habita.

Para el logro de este propósito se buscará reconocer las problemáticas existenciales que viven los jóvenes en relación con sus cuerpos. Explorar experiencias y prácticas eclesiales que aborden la teología del cuerpo como camino de sentido. Fortalecer el acompañamiento vocacional de los jóvenes desde la pastoral juvenil, promoviendo una vivencia del cuerpo como imagen y semejanza de Dios, que les ayude a descubrir el sentido de sus vidas.

Marco teórico

Entorno bíblico sobre la antropología

Rastreo etimológico sobre el hombre a la luz del Nuevo Testamento, en el Evangelio de San Juan: “Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad.” (Jn 1,14). Esta afirmación contiene una de las verdades más profundas de la fe: el Logos eterno,

preexistente y creador, entra en la historia humana asumiendo plenamente la condición corporal. La encarnación no solo expresa el amor de Dios, sino que confiere una dignidad radical al cuerpo humano, elevándolo como morada del Verbo.

El término griego *Logos* traducido como “Verbo” o “Palabra” en el Evangelio de Juan designa no un simple discurso, sino la Palabra creadora, reveladora y salvadora manifestada a lo largo de la historia de la salvación y plenamente revelada en Jesucristo (Díaz Soto, 2018). En la teología hispana, la preferencia por la palabra “Verbo” está ligada a su fuerte raigambre espiritual y doctrinal, lo que ayuda a comprender la encarnación como un acto personal y divino (Díaz Soto, 2018.).

La elección del término “carne” (*sarx*, en griego, *basar*, en hebreo, *caro*, en latín) es crucial. Con ella, Juan afirma la realidad tangible y plena del cuerpo de Cristo, negando de manera contundente cualquier forma de docetismo que pretendiera reducir la humanidad de Jesús a una apariencia (Vassallo, 2011). La carne es real, concreta y en ella habita Dios mismo, lo cual tiene profundas implicaciones teológicas y antropológicas (Vassallo, 2011.).

A lo largo del Evangelio de Juan, esta encarnación se expresa mediante signos visibles que tocan directamente la corporeidad humana: la transformación del agua en vino (Jn 2,1-11), la curación del hijo del funcionario real (Jn 4,46-54), la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15), la sanación del paralítico (Jn 5,1-18), la restitución de la vista al ciego de nacimiento (Jn 9,1-41), y la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-44). Estos signos muestran que la salvación no es un ideal abstracto, sino que pasa por la realidad concreta del cuerpo.

Esta comprensión teológica del cuerpo se enmarca dentro de lo que se conoce como la teología del cuerpo, que reivindica la corporeidad como elemento constitutivo e indispensable en la vocación humana. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, revela en su cuerpo el amor del Padre y el camino hacia la realización plena de la persona (Díaz Soto, 2018.).

El cuerpo, entendido también como “cuerpo hablante”, es capaz de expresar y comunicar el misterio divino, la comunión entre las personas y la presencia real de Dios en el mundo (Vassallo, 2011.). Esta idea es fundamental para superar reduccionismos que deshumanizan al ser humano y para valorizar la dimensión corporal como espacio de encuentro y revelación divina.

En su lenguaje simbólico, Juan utiliza términos como “morada”, “gloria”, “luz”, “vida” y “verdad”, que evocan las teofanías del Éxodo (cf. Ex 29,45; 16,7.10). Esto sugiere que la Encarnación es la teofanía suprema, el momento en que Dios no solo se manifiesta, sino que habita de manera plena y estable en lo humano (Cayllahua Itusaca, 2016).

Esta visión invita a revalorizar el cuerpo del creyente, y en particular el cuerpo del joven, un sujeto frecuentemente cuestionado y vulnerado en la cultura contemporánea. La corporalidad se convierte entonces en un “lugar teológico”, un espacio donde se manifiesta y se revela Dios mismo (Cumpa, 2022).

Desde la perspectiva pastoral, esta revalorización implica que la pastoral juvenil debe acompañar a los jóvenes en el reconocimiento y vivencia de esta dimensión, para que la encarnación no sea un mero dogma sino una experiencia viva que transforme su existencia (Cumpa, 2022).

Gavarrell (2016) recuerda que la teología del cuerpo enfatiza que el cuerpo humano no es un apéndice accidental, sino el modo en que la persona existe y se manifiesta en el mundo, lugar donde se revela su dignidad y vocación al amor. Esta comprensión permite entender que la encarnación no es un hecho aislado sino la revelación definitiva de que el cuerpo, con toda su fragilidad y belleza, está inserto en el plan de salvación de Dios.

Además, Díaz Soto (2018) subraya el valor pedagógico de la teología del cuerpo, que invita a una educación integral que integre la corporalidad como expresión visible del amor invisible, instando a los jóvenes a vivir responsablemente su corporalidad con sentido y autenticidad.

En suma, el Evangelio de Juan, la teología del cuerpo y el magisterio contemporáneo convergen para ofrecer una visión integral y esperanzadora del cuerpo humano, que es llamado a ser morada de Dios, lugar de revelación y espacio privilegiado de comunión y amor, especialmente en la juventud que enfrenta desafíos culturales y existenciales profundos.

La reflexión sobre el cuerpo humano desde el Evangelio de Juan y la teología del cuerpo representa un llamado profundo a recuperar la dignidad y el valor integral del ser humano en su dimensión corporal. La encarnación del Verbo no solo reafirma que Dios quiso habitar en lo humano, sino que el cuerpo mismo es lugar de encuentro entre lo visible y lo invisible, lo finito y lo divino. Esta visión rompe con siglos de dualismos que han degradado la

corporeidad, reduciéndola a mero soporte o carga para el alma, y en cambio la eleva a una realidad sagrada, fuente de comunión y amor.

Esta teología es particularmente valiosa hoy, cuando la cultura contemporánea tiende a fragmentar la persona, a objetivar el cuerpo o a sobrevalorarlo en formas superficiales.

La juventud, que vive inmersa en un contexto marcado por contradicciones entre libertades y exigencias, entre individualismo y búsqueda de sentido, encuentra en esta enseñanza un horizonte para revalorizar su cuerpo como espacio teológico y experiencia vital de la presencia de Dios. Asimismo, la insistencia en que el cuerpo es “cuerpo hablante” es un llamado a escuchar lo que el cuerpo expresa, no solo en términos físicos sino también en sus dimensiones emocionales y espirituales. Esto invita a una pastoral y educación integral que atienda no solo la mente o la moral, sino también la corporalidad como dimensión fundamental del ser.

La antropología teológica, entendida como la reflexión de la fe acerca del ser humano a la luz de la revelación, encuentra en la Sagrada Escritura su fundamento más sólido y originario. El entorno bíblico no es simplemente un marco literario o histórico, sino el espacio revelador donde Dios se manifiesta al hombre y, al mismo tiempo, ilumina quién es el hombre frente a Dios, frente a los demás y frente a sí mismo. En este sentido, la antropología teológica no se construye a partir de especulaciones abstractas, sino desde el diálogo vivo entre el hombre y Dios narrado en la historia de la salvación (Ratzinger, 2005).

El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, este es el punto de partida de la antropología bíblica se encuentra en el relato de la creación (Génesis 1–2). El ser humano es creado “a imagen y semejanza de Dios” (Génesis 1,26), lo que le confiere una dignidad única dentro de la creación. Esta imagen no se reduce a una característica física o intelectual, sino que expresa la vocación del hombre a la comunión con Dios y a ejercer un señorío responsable sobre la creación (Von Balthasar, 1992).

El segundo relato de la creación (Génesis 2) profundiza aún más en la antropología, el hombre es formado del polvo de la tierra, lo cual recuerda su fragilidad y dependencia, pero recibe el aliento de vida de Dios, que lo eleva a una condición espiritual. Asimismo, la creación de la mujer resalta la dimensión comunitaria: “No es bueno que el hombre esté solo” (Génesis 2,18). De esta manera, el entorno bíblico muestra al ser humano como ser relacional, llamado al amor y a la comunión (Juan Pablo II, 1979/2005).

El drama del pecado y la ruptura de la relación, desde el relato de la caída del hombre y la mujer (Génesis 3) introduce una dimensión fundamental en la antropología bíblica el hombre es libre, pero su libertad puede ser mal utilizada. El pecado, en su esencia, es ruptura de la relación con Dios, consigo mismo, con los demás y con la creación. Esta herida afecta la totalidad del ser humano y se transmite a lo largo de la historia.

El entorno bíblico no presenta al hombre como un ser perfecto e inmutable, sino como alguien marcado por la ambivalencia: creado para el bien, pero inclinado al mal (Congar, 1997). Sin embargo, la antropología bíblica no se detiene en la condena: inmediatamente se anuncia una promesa de redención (Génesis 3,15), que abre la esperanza de la restauración de la comunión perdida.

El hombre en alianza con Dios, con la historia bíblica puede verse como la historia de las alianzas que Dios establece con la humanidad. Desde Noé (Génesis 9), pasando por Abraham (Génesis 15), Moisés y el pueblo de Israel (Éxodo 19–24), hasta llegar a la plenitud en Cristo, cada alianza redefine la identidad del ser humano. El hombre es llamado a vivir en fidelidad a Dios, en obediencia libre y confiada.

La antropología aquí se vincula con la dimensión ética: ser imagen de Dios implica reflejar su justicia, misericordia y santidad en la vida cotidiana (Catecismo de la Iglesia Católica, 1997/2012).

Los profetas, por su parte, ponen de relieve que la verdadera dignidad del hombre no se reduce a ritos externos, sino que se encuentra en el corazón capaz de escuchar y acoger la Palabra de Dios (cf. Jeremías 31,31-34; Ezequiel 36,26). El entorno bíblico, por tanto, resalta una antropología dinámica: el hombre no es estático, sino que se va configurando en su caminar histórico con Dios.

La plenitud de la antropología bíblica en Cristo, en el segundo Testamento lleva a cumplimiento lo que el Antiguo había anunciado. En Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, se revela la plenitud de lo humano. Como afirma san Pablo, Cristo es “el nuevo Adán” (1 Corintios 15,45), que restituye lo que el primero había perdido. En Él se manifiesta la verdad última del ser humano: ser hijo en el Hijo, llamado a participar de la vida divina por medio del Espíritu Santo.

El entorno bíblico cristológico ofrece una clave esencial, el hombre no se entiende en plenitud sino en referencia a Cristo. La encarnación revela que Dios no es extraño a la condición

humana, sino que la asume para elevarla. La resurrección, por su parte, manifiesta que el destino último del hombre no es la muerte, sino la vida eterna en comunión con Dios (Ratzinger, 2000).

Las dimensiones fundamentales del ser humano según las sagradas escrituras se dan a partir de un recorrido, donde se pueden sintetizar algunas dimensiones centrales de la antropología bíblica, en La relación del hombre que es ser de comunión, creado para el amor y la entrega. La libertad y la responsabilidad en el ser humano es libre, pero debe orientar esa libertad al bien y a Dios. La historicidad como la identidad del hombre se construye en la historia, en diálogo con la acción de Dios. Una vocación trascendente ya que el hombre está llamado a la vida eterna, más allá de las limitaciones terrenas.

El entorno bíblico de la antropología teológica presenta al ser humano como misterio de grandeza y fragilidad, creado a imagen de Dios, pero marcado por el pecado; llamado a la comunión, pero inclinado al egoísmo. Sin embargo, la revelación muestra que su dignidad es inquebrantable porque se fundamenta en el amor de Dios, que lo crea, lo acompaña en la historia y lo redime en Cristo.

La antropología teológica, por tanto, no puede desligarse del horizonte bíblico, porque es allí donde se revela el sentido profundo de lo humano: ser hijo de Dios, vivir en comunión y caminar hacia la plenitud de la vida en el Reino.

También esta comprensión puede ayudar a contrarrestar la cultura dominante que a menudo deshumaniza o explota el cuerpo, especialmente en jóvenes vulnerables. La teología del cuerpo se ofrece como una propuesta de esperanza y dignidad, que exige acompañamiento y procesos educativos que hagan posible vivir la corporeidad con sentido y en comunión. Esta perspectiva invita a la Iglesia y a la sociedad a reconocer que el cuerpo humano, y en especial el cuerpo joven, es un espacio sagrado, un “lugar teológico” donde Dios se revela y actúa, y por ello merece respeto, cuidado y valoración. Es urgente que esta enseñanza trascienda los ámbitos teóricos y catequéticos para ser vivida de manera concreta, transformando la manera como nos relacionamos con nuestro propio cuerpo y con el de los demás.

En suma, el análisis bíblico, teológico y pastoral converge para proponer una antropología integral que no disocia lo espiritual de lo corporal, sino que abraza la complejidad y la riqueza del ser humano en su totalidad, invitando a una experiencia de fe encarnada y liberadora.

Elaboración teológica del cuerpo como revelación

El lugar teológico en donde Dios se revela es el hombre en su cuerpo y en su propia historia. El cuerpo no es una máquina que se pueda desechar cuando este desgastado, el cuerpo es demasiado esencial y nos define de lo que somos y para estamos hechos. El cuerpo ha sido escogido por Dios para manifestar su misterio divino y ofrecer así la salvación al hombre.

El lenguaje del cuerpo sirve para expresar la verdad y la plenitud del amor en que el hombre fue creado al principio y que encontrara plenitud al cumplirse los tiempos.

La degradación causada por el pecado en el hombre no es total la triple concupiscencia (cf. 1 Juan 2,16), aunque sea un coeficiente importante, no constituye el criterio fundamental de la antropología ética. La imagen y semejanza divina es realmente un constitutivo indeleble, permanente y esencial del ser humano, la bondad originaria prevalece siempre. El misterio de la iniquidad (cf. 2 Tesalonicenses 2,7), introducido en el mundo por instigación del padre de la mentira, provoca el derroche divino en el misterio de piedad (cf. 1 Timoteo 3,16). "Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Romanos 5,20). La respuesta del Dios Padre misericordioso a la penosa condición de la humanidad, anegada por el pecado y sus estructuras perversas, es el envío de su Hijo, el nuevo Adán, que, en cumplimiento de las promesas divinas, y para llevar a plenitud la historia de la salvación asume nuestra naturaleza herida para rescatarla. En definitiva, al final prevalece sobre el mal el bien: la gracia de la redención de Cristo siempre es más potente. Jesucristo viene a sanar al hombre por dentro con el don del Espíritu Santo, fruto de toda su misión salvadora, realizada, especialmente, en el sacrificio pascual. La redención del cuerpo (Romanos 8,23) y del corazón conjuga el desarrollo de las virtudes humanas, adquiridas a través de los diversos recursos formativos, con la acción inefable de la gracia sobrenatural. (Granados, 2011)

Por ello, se requiere una pedagogía del cuerpo, con buenos maestros y guías, comunidades educativas y el esfuerzo ascético personal, para adquirir la con naturalidad virtuosa con el sentido originario del cuerpo humano y del eros. La virtud de la castidad hace posible amar con el cuerpo; realiza la reintegración, conforme a la verdad de la sexualidad humana, con sus dinamismos somato reactivos y psico emotivos, en orden a lograr el autodomínio de las pasiones y de las pulsiones, la corrección de las mismas, la superación de tendencias adictivas, su orientación al bien de la persona y de la comunión, la adquisición de hábitos operativos buenos, hasta llegar a la perseverancia e incluso la prontitud, la facilidad y el

deleite en el bien. En este proceso de sanación y de crecimiento interior el hombre avanza, con la ayuda constante y eficaz de la gracia divina y de la comunidad educativa, hacia la madurez e integración del eros para percibir y vivir la pureza y la santidad en el cuerpo y en las relaciones humanas. (Granados, 2011)

La dimensión antropológica del ser humano debe de ser entendida en clave de creación, porque en el principio nos hizo Dios a su imagen y semejanza, el cuerpo es nuestra experiencia corpórea que nos muestra el misterio de la encarnación, de cómo la redención del verbo nos trae de vuelta a la verdadera vida que se hace realidad en cada acontecimiento histórico.

La reflexión teológica sobre el cuerpo humano se ha desarrollado a partir de la comprensión bíblica de que este no es únicamente una realidad biológica, sino también portadora de un significado espiritual y teológico. Desde la creación, el cuerpo aparece como expresión visible de la persona y como medio privilegiado para la comunicación del amor divino. El relato del Génesis presenta al ser humano creado “a imagen y semejanza de Dios” (Gn 1,27), lo cual implica que incluso su corporeidad participa en la manifestación de lo divino (West, 2003).

El papa san Juan Pablo II, en su Teología del cuerpo, subrayó que el cuerpo “y solo él es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino” (Juan Pablo II, 2006, p. 50). Así, el cuerpo humano no es un mero instrumento del alma, sino un “sacramento primordial” en el sentido de signo que revela y hace presente el misterio de Dios en la historia. Esta visión rechaza cualquier dualismo que separe de forma radical lo material de lo espiritual, y propone una antropología integral donde el cuerpo es parte constitutiva de la persona (Ratzinger, 2004).

Asimismo, la dimensión relacional del cuerpo, especialmente en la diferencia sexual, es presentada en la Escritura como un lenguaje que manifiesta el llamado a la comunión y al don de sí mismo (Gn 2,23-25). Esta “gramática del cuerpo” (Juan Pablo II, 2006) se orienta a expresar y realizar el amor, imagen del amor trinitario.

En la tradición cristiana, el matrimonio es signo visible de la unión entre Cristo y la Iglesia (Ef 5,31-32), mostrando cómo el cuerpo participa en la economía de la salvación.

Teológicamente, considerar el cuerpo como revelación implica reconocer su valor sacramental, su capacidad para mediar el encuentro con Dios y su papel en la historia de la

salvación. Esto conlleva consecuencias éticas y pastorales: el respeto por la dignidad del cuerpo humano, la valoración de la sexualidad como lenguaje del amor, y la integración armónica de lo físico y lo espiritual en la vida cristiana (Granados, 2011).

En la teología del cuerpo que es desarrollada por el magisterio contemporáneo, sostiene que el cuerpo humano no solo pertenece a la esfera biológica, sino que es un signo teológico que revela el misterio de Dios y la vocación del ser humano al amor. Esta visión invita a una antropología unitaria y a una espiritualidad encarnada, en la que el cuerpo es reconocido como lugar privilegiado de revelación y comunión.

El *imago Dei* no se agota en la soledad del hombre, sino que se manifiesta en la comunión entre varón y mujer. Juan Pablo II señala:

“El hombre se convierte en imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad cuanto en el momento de la comunión” (Juan Pablo II, 1979, p. 45).

De este modo, la comunión de los cuerpos en el amor conyugal se convierte en una epifanía del amor trinitario. La entrega mutua entre hombre y mujer no es meramente un hecho biológico o psicológico, sino una participación en el misterio del Dios que es comunión de personas.

El cuerpo posee un lenguaje que comunica verdad o mentira según la intención con la que se viva. Para Juan Pablo II, la vocación fundamental del ser humano es la entrega sincera de sí mismo, y el cuerpo es el medio a través del cual esta entrega se hace visible (West, 2007).

La reducción del cuerpo a objeto de placer o de consumo contradice su dignidad y oscurece su dimensión sacramental.

La teología del cuerpo, por tanto, ofrece un marco para comprender la sexualidad y la afectividad desde la perspectiva de la revelación. En lugar de negar el deseo humano, lo orienta hacia su plenitud en el amor que refleja el misterio divino.

La imagen y semejanza de Dios se da por medio del cuerpo humano porque Dios habita y vive en cada hombre, porque el cuerpo es el principio y el fin de toda la obra de Dios, el cuerpo se convierte en lugar de la manifestación del amor, porque el cuerpo tiene un lenguaje que expresa la verdad y la plenitud amorosa en la que el hombre en el origen fue creado, el cuerpo es la realidad cotidiana en la que Dios se complace día a día. (Granados, 2020).

Relación del sentido de la vida con la carne

La vida se hace carne y en la carne esta la misma vida.

El mismo sentido de la vida se halla viendo la misma experiencia de para que fuésemos creados, y de cómo la carne se vuelve para los creyentes la casa, porque en la casa se habita, se convive, hay libertad, hay tranquilidad, se es. En cambio, la carne no puede ser comprendida como cárcel, porque la cárcel limita, reprime, impide, nos hace esclavos. La carne se puede convertir muchas veces en un lugar de batalla, donde constantemente estamos luchando contra nuestras pasiones, contra la finitud y la debilidad que como humanos tenemos todos y estamos expuestos a vivir estas realidades cotidianas.

Pero precisamente Dios se hace carne y por eso lo que comenzó como carne en algún momento de la historia de la salvación, también termina en carne y se vuelve carne en las personas humanas.

La experiencia de Dios se revela desde el sentido de la carne, cuando el ser humano es capaz de comprender que el Dios que se ha hecho carne está en todo y en todos. (Granados, 2012). La antropología teológica parte de la convicción de que el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27), es una unidad de cuerpo y alma. Dentro de esta perspectiva, la carne no se entiende únicamente en su dimensión material, sino como expresión visible de la persona en su totalidad, y como lugar donde se manifiesta y se vive el sentido de la existencia (Von Balthasar, 1992).

El cuerpo y la carne son inseparables de la experiencia humana. La carne es el modo concreto en que la persona existe en el mundo, interactúa con otros y se relaciona con Dios. Según san Juan Pablo II (2006), “el cuerpo, en su masculinidad o feminidad, es desde el principio un signo que expresa la persona y su vocación al amor” (p. 45). En este sentido, el sentido de la vida no puede concebirse al margen de la corporeidad, pues es a través de ella que se realizan las acciones, las relaciones y la apertura a la trascendencia.

El sentido de la vida, desde esta perspectiva, se comprende como vocación al amor y a la comunión, que se expresa necesariamente en la carne. Joseph Ratzinger (2005) señala que la carne es “la posibilidad de encuentro y don” (p. 112), es decir, el ámbito donde el ser humano puede darse y recibir al otro. Esto implica que la existencia no se agota en lo biológico, pero tampoco se realiza sin él: la corporeidad es condición indispensable para la experiencia de amor, sufrimiento, trabajo y entrega, elementos fundamentales en la construcción del sentido vital.

Además, la escatología cristiana proyecta la carne hacia su plenitud en la resurrección. La esperanza cristiana no apunta a una liberación del cuerpo, sino a su glorificación (1 Co 15,42-44). En consecuencia, la vida terrena, con sus límites y potencialidades, encuentra sentido no solo en el presente, sino también en la promesa de la vida eterna, donde la carne será plenamente conforme a Cristo resucitado. La carne no es un mero soporte material de la vida, sino un componente esencial del ser humano y del sentido de la existencia. En ella se juega la historia personal, la relación con Dios y la vocación eterna a la comunión. La carne, asumida, redimida y glorificada en Cristo, se revela como el lugar donde el sentido de la vida se encarna y se consume.

La carne, en su realidad encarnada, constituye el lugar donde se vive, sufre, goza y ama. San Juan Pablo II (1994) afirma que “el cuerpo, y sólo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino” (p. 55).

Por tanto, el sentido de la vida no puede desligarse de la experiencia corporal, ya que es en la carne donde se da la comunión con los otros y con Dios. La encarnación del Verbo es la máxima afirmación del valor de la carne en la historia de la salvación: Dios asume la condición humana no como algo accidental, sino como vía plena de revelación.

En este marco, la carne no es un obstáculo para el sentido de la vida, sino su medio de realización. Como afirma Guardini (1997), “el cuerpo es la forma concreta en la que la persona existe” (p. 78). Ignorar esta dimensión conduce a concepciones deshumanizantes que reducen la existencia a ideas abstractas sin enraizamiento en la experiencia vivida.

En cambio, reconocer que el sentido de la vida se teje en la carne en la entrega, el sacrificio, la ternura y la vulnerabilidad abre la puerta a una antropología integral, en la que el ser humano es visto como unidad de cuerpo y espíritu.

Romano Guardini reflexionó de manera profunda sobre la condición humana, destacando que el camino hacia la madurez espiritual pasa por la aceptación de sí mismo. En sus escritos, propone una “teología del sí”, en la que la persona, al reconocerse como criatura limitada pero amada por Dios, aprende a integrar sus luces y sombras, encontrando en ello la clave para vivir con sentido.

Para Guardini (1996), la aceptación de sí mismo no significa resignación pasiva ni autocomplacencia, sino apertura confiada a la verdad de la existencia tal como ha sido recibida de Dios. El ser humano experimenta contradicciones internas, sufrimientos y

limitaciones, pero al decir “sí” a lo que es, descubre la posibilidad de transformar su vida desde dentro. Este “sí” no es un acto de autoafirmación vacía, sino un acto de fe: reconocer que Dios ama al hombre en su totalidad y que ese amor fundamenta la dignidad y la esperanza (Guardini, 1998).

Desde una perspectiva antropológica teológica, Guardini subraya que el hombre no puede crear su propio sentido de manera autónoma, sino que debe acogerlo como don. El sentido de la vida se ilumina en la medida en que la persona se acepta como creatura en relación con Dios.

Solo quien acepta su verdad personal su historia, su cuerpo, su carácter y su destino puede abrirse a la plenitud que ofrece Cristo, el Hijo en quien toda existencia encuentra su orientación última (Ratzinger, 2000).

En esta línea, la “teología del sí” de Guardini coincide con la tradición bíblica: la existencia humana es un don que debe ser acogido. Como María respondió con su Fiat (“hágase en mí según tu palabra”, Lucas 1, 38), así también cada persona está llamada a decir “sí” a su vida como vocación. De este modo, la aceptación de sí mismo se convierte en una dimensión central de la espiritualidad cristiana y de la búsqueda del sentido de la vida.

La clave de esta propuesta está en lo que Guardini llama una “teología del sí”: aceptar la propia existencia tal como ha sido dada, con sus límites y posibilidades, como camino de reconciliación interior.

Decir “sí” a la vida significa reconocer que el ser humano es criatura, limitada pero amada, llamada a integrar tanto la luz como la sombra de su historia (Guardini, 1996). Este “sí” no es pasividad ni conformismo, sino confianza en que la vida tiene un sentido inscrito en el amor creador de Dios.

Para Guardini (1998), el hombre moderno se enfrenta al riesgo de la autosuficiencia y la pérdida de horizonte trascendente. Frente a ello, la aceptación de sí mismo se convierte en la actitud fundamental que abre a la esperanza. Solo cuando el ser humano acoge su realidad concreta su cuerpo, su historia y sus límites puede descubrir que su vida está orientada hacia la plenitud en Dios. En esta perspectiva, el sentido de la vida no es algo que se inventa, sino algo que se recibe y se vive en fidelidad a la vocación personal.

En síntesis, Guardini ofrece una visión del sentido de la vida profundamente actual: en medio de un contexto cultural marcado por la incertidumbre y la fragmentación, invita a redescubrir

la aceptación de sí mismo como camino de autenticidad, libertad y plenitud. La teología del “sí” se convierte así en un acto de fe que revela que el sentido de la vida no se construye en la autosuficiencia, sino en la relación confiada con Dios que da consistencia y esperanza a la existencia.

Este es un gran aporte desde una perspectiva profundamente actual en un mundo marcado por el rechazo, la autoexigencia y la fragmentación, la aceptación de sí mismo se convierte en acto de reconciliación y esperanza.

Al integrar la propia existencia bajo la mirada amorosa de Dios, el hombre descubre que el sentido de la vida no se construye en la autosuficiencia, sino que se recibe en la confianza, la fe y el amor.

Finalmente, la carne se convierte en sacramento de la existencia, como el signo tangible de lo invisible, lugar donde la eternidad roza lo temporal. La esperanza cristiana no desprecia la carne, sino que proclama su redención (Romanos 8, 23), anunciando que el sentido último de la vida está llamado a cumplirse en la plenitud de la resurrección.

Conclusiones

La teología del cuerpo representa una de las reflexiones más profundas sobre la antropología teológica. En ella se presenta el cuerpo humano no solo como dimensión biológica, sino como lugar de revelación de Dios y camino para descubrir el sentido de la vida. Este trabajo examina tres ejes fundamentales: el entorno bíblico de la antropología, la elaboración teológica del cuerpo como revelación y la relación del sentido de la vida con la carne.

La encíclica *Veritatis Splendor* constituye un punto de referencia indispensable para comprender la relación entre verdad, libertad y moral cristiana. Leída a la luz de la teología del cuerpo y de la antropología teológica, permite extraer conclusiones profundas acerca del sentido del hombre, su corporeidad y su vocación a la plenitud en Cristo.

Esta encíclica nos recuerda que el hombre no es dueño absoluto de sí mismo, sino criatura llamada a reconocer en la verdad revelada por Dios el camino para realizar su existencia (Juan Pablo II, 1993). Esto se enlaza directamente con la antropología bíblica: el hombre fue creado a imagen de Dios (Génesis 1,26), con un ser que integra cuerpo y alma en unidad, y con una libertad orientada al bien. La teología del cuerpo interpreta esta verdad subrayando

que la corporeidad no es un accesorio, sino el lenguaje mediante el cual la persona expresa y realiza el amor.

Por ello, la moral cristiana no es mera normativa externa, sino el camino que custodia la verdad del amor humano y lo conduce hacia su plenitud en la donación total (Granados, 2012).

En esta carta de exhortación apostólica al pueblo de Dios, el esplendor de la verdad nos advierte contra el riesgo de un relativismo moral que niega la existencia de verdades universales sobre el bien. Desde la antropología teológica, esta advertencia se comprende como la defensa de la dignidad objetiva del ser humano: la persona no puede ser reducida a intereses subjetivos ni a condicionamientos culturales, porque lleva inscrita en su ser la ley natural y la vocación a la comunión con Dios (Ratzinger, 2005). La teología del cuerpo concreta esto al mostrar que el cuerpo humano tiene un significado de alianza nupcial inscrito en su misma naturaleza, que no depende de construcciones sociales, sino de la verdad revelada en Cristo (Wojtyła, 1978/2014).

También la encíclica afirma que la libertad no puede entenderse como autonomía absoluta, sino como capacidad para realizar el bien en conformidad con la verdad. Aquí se refleja la tensión antropológica ya presente en Génesis, el hombre es libre, pero puede desviar esa libertad hacia el pecado.

La teología del cuerpo muestra que esta desviación afecta especialmente a la vivencia del amor y de la sexualidad, que cuando se separan de la verdad de la donación tienden a convertirse en dominio, egoísmo o placer desordenado. Por el contrario, cuando la libertad se abre a la verdad del amor, el cuerpo se convierte en sacramento de comunión y anticipo del destino eterno en el Reino (Juan Pablo II, 2005).

Veritatis Splendor reafirma la centralidad de Cristo como revelador del hombre a sí mismo (cf. Gaudium et Spes, 22). Cristo, con su obediencia al Padre hasta la cruz, muestra que la verdadera libertad se encuentra en la entrega. Esta clave cristológica ilumina la antropología teológica: el hombre solo alcanza su plenitud en el seguimiento de Cristo, quien revela que la moral no es carga opresiva, sino respuesta amorosa al don recibido. En continuidad, la teología del cuerpo subraya que el amor humano, vivido en el matrimonio y en la virginidad consagrada, encuentra en Cristo su modelo y su meta (Von Balthasar, 1992).

Por último, desde esta perspectiva, se puede concluir que la *Veritatis Splendor* ofrece un puente entre moral y antropología: la verdad moral no se impone desde fuera, sino que brota de la verdad del ser humano creado por amor y para amar. La antropología teológica proporciona el fundamento ontológico de esta visión, mientras que la teología del cuerpo ofrece su concreción existencial en la vivencia del cuerpo y de la sexualidad. En conjunto, estas tres dimensiones morales, cuerpo y antropología se integran en una visión unitaria que resalta que el hombre solo se comprende plenamente en la donación sincera de sí, en fidelidad a la verdad inscrita por Dios en su ser.

La *Veritatis Splendor* no puede verse únicamente como un documento sobre normas morales, sino como una profunda meditación sobre la vocación del hombre a la verdad y al amor. En la medida en que se interpreta desde la teología del cuerpo y la antropología teológica, se descubre que la moral cristiana no es un límite a la libertad, sino el camino hacia la realización plena de la persona. Así, el esplendor de la verdad se convierte en el esplendor del hombre mismo, iluminado por Cristo, que revela que la verdadera grandeza del cuerpo y de la libertad consiste en la entrega total de sí en el amor.

Por esta razón comprendiendo el esplendor de la verdad del papa San Juan Pablo II, sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza de la moral de la iglesia, hay que reflexionar a manera de síntesis sobre el entorno bíblico y antropológico, en el relato de la creación en Génesis establece la base de la antropología bíblica: “Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1,27, Biblia de Jerusalén, 2009).

El cuerpo se presenta como signo de la imagen divina, no aislado, sino en comunión. Según Juan Pablo II (1979), la experiencia originaria de soledad, unidad y desnudez revela la verdad fundamental del ser humano como ser relacional.

El cuerpo como revelación de Dios, la corporeidad tiene una dimensión sacramental. Juan Pablo II (1980) afirma que: “El cuerpo, de hecho, y sólo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino” (p. 203). En este sentido, el cuerpo no solo participa en la creación, sino que la trasciende como mediador del misterio. El lenguaje del cuerpo manifiesta la vocación al amor y a la comunión inscrita en la condición humana.

El sentido de la vida y la carne, entendida en clave bíblica, no es mera debilidad, sino lugar de encuentro con Dios. En Cristo, “el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14), lo que da a la

corporeidad un valor redentor. Según Waldstein (2006), la teología del cuerpo muestra que la carne, lejos de ser obstáculo, es la vía por la cual el ser humano realiza su vocación de don de sí. Comprender que Dios se hace carne en Jesucristo es todo un misterio de amor, ya que el verbo de Dios es carne, comprende la carne, asume la carne, redime la carne y resucita en la carne; y así hace que los creyentes comprendan que hay una esperanza en creer firmemente en la resurrección de la carne, como clave de revelación escatológica para toda la humanidad. El sentido de la vida, desde la perspectiva de la teología del cuerpo, se ilumina en la experiencia del cuerpo como revelación de Dios y camino de comunión. Para los jóvenes, que atraviesan una etapa de búsqueda de identidad y propósito, esta propuesta ofrece claves que integran fe, afectividad y proyecto vital.

Con el método teológico del cuerpo, se nos recuerda que el ser humano no es un dualismo de alma y cuerpo, sino una unidad en la que la corporeidad expresa la verdad de la persona. Esto implica que la vida adquiere sentido en la medida en que el joven descubre su vocación al amor y a la donación de sí.

La teología del cuerpo orienta a los jóvenes a comprender la sexualidad no como mero impulso, sino como lenguaje de amor. West (2007) subraya que la verdad del cuerpo radica en su capacidad de expresar la entrega sincera. Esta visión contrasta con paradigmas culturales que reducen la felicidad a consumo o placer, abriendo un horizonte de madurez afectiva y espiritual.

Además, el sentido de la vida no se reduce al presente inmediato, sino que se abre a la esperanza escatológica. El cuerpo humano está llamado a participar en la redención de Cristo, quien al hacerse carne mostró el destino último de la humanidad: la comunión plena con Dios. Esta perspectiva ayuda a los jóvenes a integrar sufrimiento, límite y esperanza dentro de una narrativa coherente de su vida.

Este método teológico constituye una pedagogía para el discernimiento vital de los jóvenes, pues les ofrece criterios para responder a las preguntas más profundas: ¿quién soy?, ¿para qué estoy en el mundo?, ¿qué significa amar y ser amado? Al situar estas preguntas en relación con el misterio de Dios uno y trino, se revela que el sentido de la vida no se inventa, sino que se descubre en la experiencia de ser creados por amor y llamados a amar.

El aporte específico de esta investigación consiste en mostrar que la teología del cuerpo no es solo un discurso moral o doctrinal, sino una antropología capaz de dialogar con la cultura

juvenil actual. Si bien otras corrientes teológicas han subrayado la dignidad del cuerpo, este trabajo enfatiza su papel revelador del amor divino como fuente del sentido de la existencia. Este aporte académico busca ver varias implicaciones y líneas futuras de investigación, haciendo un hincapié y énfasis en la pastoral juvenil, desde la ética sexual y la educación afectiva. Propone líneas de investigación futuras como el diálogo entre teología del cuerpo y ciencias biomédicas, la integración con la psicología del desarrollo juvenil, y el análisis intercultural de la corporeidad en la evangelización, como método kerigmatico para inculturar el evangelio en contexto de los jóvenes de hoy.

El objetivo de mostrar el cuerpo como revelación de Dios y clave para el sentido de la vida se alcanzó parcialmente. La fortaleza principal es haber integrado fuentes bíblicas y magisteriales.

La novedad radica en articular la teología del cuerpo con la noción de sentido de la vida, uniendo la antropología bíblica y la experiencia existencial. Otros estudios (Buttiglione, 2012) han abordado la dignidad del cuerpo, pero este trabajo enfatiza la dimensión de revelación vinculada con la esperanza escatológica.

La teología del cuerpo ofrece un marco para comprender el cuerpo como signo y revelación de Dios. A la luz del magisterio del papa San Juan Pablo II, el cuerpo hace visible lo invisible y orienta al hombre hacia el amor y la comunión. Coincidiendo con West (2007), se reafirma que el cuerpo es un lenguaje que debe ser leído en clave de donación. En contraste con ciertas lecturas reduccionistas del cuerpo en la cultura contemporánea, esta perspectiva afirma su valor trascendente.

Futuras investigaciones deberán explorar cómo esta visión dialoga con hallazgos de la psicología humanista y las ciencias sociales, a fin de enriquecer el horizonte del sentido de la vida en el contexto juvenil.

Referencias

- Biblia de Jerusalén. (1998). Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Catecismo de la Iglesia Católica. (2012). Catecismo de la Iglesia Católica (2.^a ed.). Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. (Trabajo original publicado en 1997).
- Congar, Y. (1997). El Espíritu Santo. Madrid: Ediciones Cristiandad.

- Granados, J. (2011). Teología del cuerpo y la alianza. Madrid: Ediciones Palabra.
- Granados, J. (2012). Teología de la carne. El cuerpo en la historia de su salvación (Prólogo del cardenal Angelo Scola). Madrid: Didaskalos.
- Granados, J. (2020, abril 30). Teología de la creación: de carne a gloria. Madrid: Didaskalos.
- Guardini, R. (1997). La aceptación de sí mismo. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Guardini, R. (1998). El sentido de la vida. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Juan Pablo II. (1992). Uomo e donna lo creò. Roma: Editorial Città Nuova.
- Juan Pablo II. (1994). Varón y mujer los creó: Catequesis sobre el amor humano. Madrid: Ediciones Palabra.
- Juan Pablo II. (1996). Varón y mujer. Teología del cuerpo. Madrid: Ediciones Palabra.
- Juan Pablo II. (2006). Varón y mujer lo creó. Catequesis sobre el amor humano. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Lorda, P. J. (2009). Antropología teológica. Pamplona: EUNSA.
- Pablo VI. (1968). Humanae vitae [Encíclica]. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Pikaza, X. (2001). La Palabra se hizo carne. Teología de la Biblia. Estella: Verbo Divino.
- Ratzinger, J. (2000). Introducción al cristianismo (3.^a ed.). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Ratzinger, J. (2004). Introducción al cristianismo. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Ratzinger, J. (2005). En el principio Dios creó. Catequesis sobre el relato de la creación. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Von Balthasar, H. U. (1992). La gloria y la cruz. Antropología teológica. Madrid: Ediciones Encuentro.
- West, C. (2003). Teología del cuerpo para principiantes. Madrid: Ediciones Palabra.
- Wojtyła, K. (1960). Amor y responsabilidad. Cracovia: Towarzystwo Naukowe KUL.
- Wojtyła, K. (2001). Persona e atto (texto polaco al frente). Milán: Ediciones Bompiani.

